

MUNDO DE AYER. GERCHUNOFF

por
ENRIQUE LABRADOR RUIZ

No es que se esté a caza de muertos, pero a los grandes escritores debemos recordarles siquiera en sus heridas últimas, especialmente a estos de América, de los que pocos se cuidan por una u otra razón. El no ocuparnos de ellos me parece como no quererlos; tal si los hundiésemos definitivamente en oscuridad para el aprecio y una estimativa que de suyo les concierne. ¿Acaso no tuvieron en su tiempo un fanal iluminado hacia el pasado? Por cierto, y con creces. Don Alberto Gerchunoff, verbigracia, enalteció a Cervantes en *La Jofaina Maravillosa*, claro libro de mucho fervor, agenda ritual del más grande ingenio de nuestra lengua, y a la gente de su linaje la puso en *Los Gauchos Judíos*, terraza y parapeto de uno que venido de muy lejos amó la tierra que le dio cobijo. Por otra parte paz a su pluma no regaló mientras una injusticia, un resquemor, tal menosprecio gravitara sobre cuantos le precedieron en el camino de las letras (Heine, Baruch Spinoza, Roberto Payró). E hizo la burlita de los tontos graves en *El Hombre Importante*, ¡oh, don Vespasiano Pardeche y el nunca resuelto conflicto de Catamarca o de Corrientes!, a más de la burla cotidiana con su sátira y su jácara clásicas.

En el género de las fantasías *La clínica del doctor Mefistófeles* reedita con fluidez lo inagotable de un mito. Moderna milagrería llama él a su obra y en las diez jornadas que la componen vemos el desfile del mundo de hoy con Ismael Cornudo, con Ignacio Manchón, el doctor Comilfot, el general Savonarola y, por supuesto, con Juan Fausto y la Bella Helena. En su cueva está "no el antiguo personaje, doloroso y enfático que hemos encontrado en el poema de Goethe y en el drama de Marlowe, mago, alquimista, caballista, espargirista y precursor, según el hijo de Víctor Hugo, del venerable Gutenberg. Es un hombrecillo calvo, cargado de hombros, distraído, de aire fatigado y benévolo, dispuesto a sonreír y a quejarse, a quejarse del tiempo porque es algo reumático, de las ganancias escasas, porque es algo sórdido; y a sonreír por cualquier motivo, porque la vejez lo ha vuelto piadoso y tolerante". Este es su Fausto, el cual discute con Rogelio Peñaflor y lleva amistad con Lifar, quien a veces es su

secretario o un simple empleado en apuros. ¡Qué dulzura para entrever mongibelos de amor junto a bellaquerías de camareros!

Escribió Gerchunoff multitud de ensayos políticos y culturales y en *El Pino y la Palmera* se encuentran los recogidos después de su muerte por la Hebraica; cuentos de rango; semblanzas de artistas. Este hombre bien dispuesto a mirar la vida de frente, filosóficamente, podía repetir aquello de fray Luis de León que él cita, cuando acosado por juez que buscábale limpieza de sangre, contestó: "Pero si tengo sangre judía soy mejor que vuestra merced porque tengo sangre dos veces cristiana". Respuesta de oro y siempre actual. Sangre no dice filiación: Gerchunoff es judío, es argentino. Ama las tradiciones de su raza y ama la tierra en que vive. Es su escudo ser leal a tales conceptos. Sus compañeros así lo entendieron y su hombro nunca faltó a toda empresa alta y descollante.

Fue un periodista de toda la vida ¡y qué periodista! Un escritor que dio cerca de medio siglo el nervioso y relampagueante balance de la actualidad. Ningún tema le es ajeno, toca todos los asuntos; llega a director y vuelve a su mesa humilde; bromea, trascendentaliza. Buenos Aires lo ama. ¿Dónde había nacido? En plena niñez le trajeron de Tulchin, en Ucrania, al amparo del plan del barón Mauricio de Hirsch, de la mano de su padre, hombre docto en letras sagradas. Plantaron su tienda en Moisés Ville, luego en la Colonia Rajil y se hizo entreriano al extremo que muchos le creen nacido en Villaguay. (Su padre anota en su vademécum que ocurrió el primero de enero de 1884.) Y aprende un español de pureza inmaculada, luego un francés de nítida arrogancia, un dúctil italiano, algo de alemán, de hebreo. Hizo de todo para salir adelante: fue forzado de la tierra, panadero, bronceador. Su padre rezaba y él se entretenía en descifrar su futuro hurgando en los viejos libros de los vecinos; leyendo a saltos en busca de cosas que no quería se le escapasen. Maestro de vida y letras, Enrique Dickmann.

Ah, debo evocar un dolor enorme: un gaucho ebrio mata a su padre por puro gusto; hiere a su madre, a su hermana. . . La campiña de sus sueños cobra un color escarlata, pero el joven macabeo no va a arrastrar ningún sentimiento de venganza ni de odio. Perdona. Esta es la grandeza de su alma. Aquéllos iban a ser ya sus "lares patrios".

Recuerda Eichelbaum que en un libro suyo, *La Asamblea de la Bohardilla*, se encuentra un Gerchunoff muy adicto a las cosas de comer y beber a pesar de la profunda espiritualidad que ponía en todo. Y da esta estampa: "Sobre su cuerpo esbelto, una cabeza grande y una cara redonda; entre una y otra, una frente más bien estrecha, que remataba en una cabellera casi rebelde; en el rostro, una enérgica nariz y una dilatada boca, de labios gruesos, no perdían su hegemonía ante la estridencia del gro-

sor de sus anteojos. Esa nariz y esa boca, mediante sutil entendimiento, sabían, con verdadera sabiduría, alimentar a ese cuerpo. . ." No alcancé a verle sino en bronce, precisamente en la Biblioteca de la Hebraica, la tarde en que sus familiares hacían entrega de sus libros a la sociedad aquélla. Entre estos libros había algunos dedicados por sus autores con generosas palabras, a saber: de Benito Pérez Galdós, de Leopoldo Lugones, de Joaquín de Vedia, de Marcel Proust. Era el 2 de abril de 1951.

En la intersección de las calles San Martín y Sarmiento, a unos pasos del diario en que había ingresado en 1908, *La Nación*, cayó fulminado por un síncope el 2 de marzo de 1950. Parece que nadie lo identificaba, que estuvo algunas horas expuesto en el depósito. Esa es la vida del hombre de pluma; se le conoce por la firma. De la cara nadie sabe. . .

Carlos M. Grünberg le cantó en un soneto de oculto denuedo:

*Somos, Alberto, la sección hispana
de los nabíes y de los rabíes,
que dobla en sus ladinos otrosíes
la unicidad jerosolimitana.*

*Somos la cuadratura castellana
del círculo judío, Sinaíes
en buen romance, Toras sefardíes,
salmos y trenos a la toledana.*

*Tú has sido nuestro sumo sacerdote
y has mantenido tu almenar celote
siempre encendido en el turbión opaco.*

*Te vas y por eterna sobreveste
nos dejas el taled blanquiceleste
que usabas como poncho calamaco.*

Manuel Gálvez en *El Mal Metafísico* lo disimula bajo el nombre de Abraham Orloff y lo identifica como el espléndido conversador que fue; el ingenioso hombre de la simpatía. Su naturaleza intelectual infatigable dejó novelas inconclusas (*Tierra de Sión; Los Conversos*), a más de *Bajo el Cielo de Dios*, relatos bíblicos de que hablaba con entusiasmo. El periodismo, sin aplastarle, le quitaba tiempo para el mayor esfuerzo del libro.

Hay una particularidad que quiero destacar: habiendo sido el mejor y más hábil "necrologista" de diarios conocidos ¿me pregunto si la sombra de su padre asesinado no venía cada noche sobre la mesa de trabajo a poner óleos de piedad sobre las vidas segadas por el destino? Era, en

efecto, como estar diciendo "kadisch" por la humanidad que desaparece. Su rápido y excelente humor tal vez le diera otro giro, pero la pena quedaba flotando para unirse a otras penas que rebotaban en su alma. Un gran lector de la Biblia como él lo fue debía entender claramente que la mordacidad no oculta todo; hay que dejar que sangre el corazón, a veces, como un arroyuelo de esos que se encuentran en sus paisajes de infancia.

Quien quiera saber más de esta vida lea *Entre Ríos, mi país*, donde está buena parte de su autobiografía. Son páginas revueltas, contradictorias pero asistidas de una gran belleza. ¿No está dicho que el orden es el placer de la razón y el desorden la delicia de la imaginación? Los rabinos de Tulchin, las estrellas antárticas le velen el sueño.